

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Mohsin Hamid

Cómo hacerse  
asquerosamente rico  
en el Asia emergente

Traducción de Jesús Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
How to Get Filthy Rich in Rising Asia  
Riverhead Books  
Nueva York, 2013

*Ilustración:* foto © Chris Stowers / Panos / Contacto

*Primera edición:* noviembre 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Jesús Zulaika, 2015

© Mohsin Hamid, 2013

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7940-7

Depósito Legal: B. 23549-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

# I. Múdate a la ciudad

Mira, un libro de autoayuda, a menos que estés escribiendo uno, es un oxímoron. Uno lee un libro de autoayuda para que alguien que no es él le ayude, siendo ese alguien el autor. Esto es verdad para todos los que llamamos «libros de autoayuda». Es también verdad para los libros prácticos del tipo «*Cómo hacer...*», por ejemplo. Y es verdad para los de desarrollo personal. Hay quienes dicen que es asimismo verdad para los libros de religión. Pero hay quienes, por el contrario, afirman que a estos últimos habría que hacerles morder el polvo y darles un tajo en la garganta y dejar que se desangrasen poco a poco. Así que lo más sensato es sencillamente percatarse de la discrepancia de opiniones que se da en esta subcategoría y pasar a otra cosa rápidamente.

Nada de lo anterior significa que los libros de autoayuda no sirvan para nada. Antes al contrario, pueden resultar tremendamente útiles. Lo que sí significa es que, en el ámbito de la autoayuda, la idea de «auto» es resbaladiza. Y lo resbaladizo puede ser bueno. Lo resbaladizo puede ser placentero. Lo resbaladizo puede facilitarle las cosas a lo que, si entrara seco, produciría escoceduras.

Este libro es un libro de autoayuda. Su objetivo, como

se dice en la cubierta, es mostrarte cómo hacerte asquerosamente rico en los países emergentes de Asia. Y para que la cosa funcione ha de encontrarte acurrucado, trémulo, echado sobre la tierra apelmazada y dura de debajo del camastro de tu madre, una mañana fría y perlada de rocío. La angustia que sientes es la de un chico al que le han quitado las chocolatinas, un chico cuyos mandos a distancia se han quedado sin pilas, un chico al que se le ha estropeado el patinete, un chico al que le han robado las zapatillas de deporte. Lo cual tiene mucha más miga si se tiene en cuenta que tú no has visto nada de eso en toda tu vida.

Tienes los blancos de los ojos amarillos, como consecuencia del alto nivel de bilirrubina en sangre. El virus que te aflige se llama hepatitis E. Su modo típico de transmisión es el fecal-oral. Ñam. Mata a uno entre cincuenta, así que probablemente llegues a recuperarte. Pero ahora mismo te sientes tan mal que crees que vas a morirte.

Tu madre se ha topado con esta enfermedad –o con enfermedades parecidas– multitud de veces. Así que puede que no piense que estés a punto de morirte. Aunque puede que sí lo piense. Puede que tenga miedo de que te mueras. Todo el mundo tiene que morir, y cuando una madre como la tuya ve en el tercero de sus hijos un dolor que le hace gemir bajo su camastro como tú gimes, tal vez sienta que tu muerte se adelanta unas cuantas décadas, se quite los oscuros y polvorientos pañuelos de cabeza y, con una familiaridad de pelo al descubierto y sonrisa lasciva, se ocupe de la pieza única de paredes de barro que comparte con toda su prole superviviente.

Lo que dice es esto:

–No nos dejes aquí.

Tu padre ha oído esta petición otras veces. Pero ello no le hace insensible por completo a ella. Es un hombre de

apetito sexual voraz, y a menudo, cuando no está con ella, piensa en los pechos recios y los muslos sólidos y anchos de tu madre, y sigue codiciando impulsarse dentro de ella todas las noches en lugar de tres o cuatro veces al año. También disfruta de su sentido del humor inusualmente rudo, y a veces también de su compañía. Y aunque no prodiga las muestras de afecto a sus pequeños, le gusta ver cómo crecéis tú y tus hermanos. A su padre le producía un gran placer contemplar el progreso diario de las cosechas en los campos, y en esto, al menos en lo que pueda tener de análogo con el crecimiento de los niños, su padre y él se parecían.

Dice:

–No puedo permitirme llevarte a la ciudad.

–Podríamos quedarnos contigo en la residencia.

–Comparto mi cuarto con el chófer. Un hijo de puta masturbador, fumador en cadena, flatulento. No hay familias en la residencia.

–Ahora ganas diez mil. No eres pobre.

–En la ciudad con diez mil eres pobre.

Se levanta y sale al exterior. Tus ojos le siguen, sus sandalias de cuero sueltas por detrás, con las correas batiendo al aire y los talones encallecidos, secos y agrietados, endurecidos como los caparazones de los crustáceos. Pasa a través del umbral de la puerta y sale al patio al aire libre, situado en el centro del caserío ampliado de tu familia. Probablemente no va a demorarse en la contemplación del único árbol de sombra, vivificante en el verano pero ahora, en primavera, aún áspero y desgredado. Posiblemente salga del grupo de viviendas del caserío y se dirija hasta el montículo detrás del cual le gusta defecar, acuclillándose casi hasta el suelo y apretando con fuerza para expeler el contenido del colon. Posiblemente está sólo, pero posiblemente no.

Detrás de montículo hay una barranca, como de la al-

tura de un hombre, por cuyo fondo discurre una delgada corriente de agua. En esta estación ambas cosas son incongruentes, como el recluso esquelético de un campo de concentración que vistiera la bata de un obeso jefe de repostería. Sólo brevemente, durante el monzón, llega a llenarse casi la barranca, y eso también acaece con mucha menos regularidad que en el pasado, ya que depende de corrientes atmosféricas cada vez más caprichosas.

La gente de tu pueblo hace sus necesidades corriente abajo de donde lava la ropa, lugar que a su vez se encuentra corriente abajo de donde recoge el agua para beber. Más allá, corriente arriba, el pueblo anterior al tuyo hace lo mismo. Y aún más lejos, donde brota de las colinas a veces en forma de arroyo impetuoso, el agua se emplea en parte para los procesos industriales de una vieja y herrumbrosa fábrica textil subestándar, y en parte como desagüe del afluente fétido que se origina en ella.

Tu padre es cocinero, pero a pesar de ser razonablemente bueno en su trabajo y provenir del campo, no es un hombre obsesionado por la frescura o calidad de los ingredientes que utiliza. Cocinar, para él, es un oficio de especias y aceite. Sus platos te queman la lengua y te atascan las arterias. Cuando aquí mira a su alrededor, no ve hojas espinosas ni pequeñas bayas vellosas para una vivaz ensalada, tallos de trigo dorado, molido a la piedra, para unos divinos globos de pan sin levadura hecho sobre el fogón de la cocina. Lo que él ve son tramos de trabajo agotador. Ve horas y días y semanas y años. Ve el trabajo por el cual un granjero cambia su asignación de tiempo en este mundo por una asignación de tiempo en este mundo. Aquí, en la despensa de los aromas embriagadores de la naturaleza, tu padre olfatea mortalidad.

La mayoría de los hombres del pueblo que ahora traba-

jan en la ciudad vuelven para la cosecha del trigo. Pero aún es muy pronto para eso. Tu padre está aquí de vacaciones. Sin embargo, probablemente acompañe a sus hermanos a pasar la mañana cortando hierba y trébol para forraje. Estará en cuclillas de nuevo, pero en esta ocasión con la hoz en la mano, y sus movimientos de juntar-cortar-soltar-avanzar como un pato se repetirán una y otra y otra vez mientras el sol vuelve a describir también su curso creciente en el cielo.

A su lado, un único camino de tierra cruza los campos. Si el dueño de ellos o sus hijos pasan en su cuatro por cuatro tu padre y sus hermanos se llevarán las manos a la cabeza, se inclinarán y apartarán los ojos. En esta parte del mundo, encontrarse con la mirada del terrateniente ha sido algo muy arriesgado durante siglos, acaso desde el comienzo de los tiempos. Recientemente, algunos hombres han empezado a hacerlo. Pero llevan barba y se ganan la vida en los seminarios. Y andan muy derechos, sacando pecho. Tu padre no es uno de ellos. De hecho le disgustan casi tanto como los terratenientes, y por las mismas razones. Le parecen dominantes y holgazanes.

Tendido de costado con una oreja pegada a la tierra compacta, desde su perspectiva de la altura de un gusano erecto, ves cómo tu madre sale detrás de tu padre al patio. Da de comer a la búfala de agua, atada en él; echa forraje cortado ayer y mezclado con paja en el pesebre de madera, y ordeña al animal mientras come, y los chorros de líquido golpean con fuerza el cubo de hojalata. Cuando termina, los niños del caserío familiar, tus hermanos y primos, llevan a pacer a la búfala y su becerro y a las cabras. Se oye el silbido en el aire de las ramas peladas que empuñan, e instantes después se han ido.

Tus tías se van luego, con cántaras de arcilla sobre la

cabeza para traer agua, y con ropa y jabón para la colada. Son tareas sociales. La responsabilidad de tu madre es solitaria. Ella sola, ellas juntas. Y no es una coincidencia. Su madre se pone en cuclillas, como seguramente estará tu padre, con una escoba sin mango en la mano en lugar de una hoz, y su andar de pato barre que barre es muy similar a los movimientos de tu padre. La postura en cuclillas es muy eficiente energéticamente, muy buena para la espalda –y por ende ergonómica–, y no es dolorosa. Pero, adoptada durante horas y días y semanas y años, su leve incomodidad resuena en la mente como gritos ahogados de una cámara de tortura subterránea. Puede soportarse indefinidamente, siempre que nunca se reconozca que se padece.

Tu madre limpia el patio bajo la mirada de su suegra. La anciana está sentada en la sombra, y sostiene con la boca el borde del chal, no para ocultar sus atributos de la tentación sino más bien por la falta de dientes, y lo observa todo con una desaprobación insaciable. A tu madre, en el caserío familiar, se la considera vanidosa y arrogante y testaruda, y tales acusaciones tienen sentido, porque todas ellas son ciertas. Tu abuela le dice a tu madre que ha pasado por alto un trozo de suelo. Como no tiene dientes y sostiene la tela entre los labios, sus palabras suenan como si estuviera escupiéndolo.

Tu madre y tu abuela juegan el juego de la espera. La anciana espera a que la joven envejezca; la joven espera a que la anciana muera. Es un juego que ambas, inevitablemente, ganarán. Entretanto, tu abuela hace alarde de su autoridad siempre que puede, y tu madre hace alarde de su fuerza física. Las otras mujeres del caserío tendrían miedo de tu madre si no fuera por la existencia tranquilizadora de los hombres. En una sociedad en la que sólo hubiera mujeres tu madre sería probablemente la reina; blandiría un bastón

de mando ensangrentado y aplastaría cráneos con los pies. Aquí lo más que ha logrado es librarse casi por completo de provocaciones graves. Y esto, estando como está lejos de su propio pueblo, no es una victoria pequeña.

Tu madre y tu padre no se dicen que con diez mil al mes él podría –muy ajustadamente– llevaros a todos a la ciudad. Estaríais muy apurados, pero sería posible. De momento puede mandar la mayor parte de su sueldo al pueblo, donde se divide entre su madre y el resto del clan. Si todos os fuerais con él a la ciudad, el flujo de dinero al pueblo se reduciría a un mero goteo, y su caudal, como el del agua de la barranca, sólo se incrementaría durante los dos meses de festival en que él tal vez recibiría un sobresueldo, y siempre que no tuviera deudas que saldar.

Miras cómo tu madre corta en tiras un rábano blanco largo y lo pone a hervir sobre la lumbre. El sol ha derretido el rocío, y, aunque no estás bien, ya no tienes frío. Pero te sientes débil, y el dolor de tripa es como si un parásito te estuviera comiendo vivo por dentro. Así que no te resistes cuando tu madre te levanta la cabeza de la tierra y te mete su remedio en la boca con el cucharón. Huele a eructo, a gases de la barriga de un hombre. Sientes arcadas. Pero no tienes nada que vomitar, y te lo tomas sin más.

Luego, mientras te quedas inmóvil –tú, un jovencito pueblerino ictérico al que de la comisura de los labios le babea un brebaje de rábano que se desliza hasta el suelo, donde forma un pequeño redondel de barro–, tiene que parecerte que la posibilidad de hacerte asquerosamente rico está fuera de tu alcance. Pero ten fe. No eres tan impotente como pareces. Tu momento está a punto de llegar. Sí, este libro va a ofrecerte esa posibilidad.

El momento de decidir llega varias horas después. El sol se ha puesto y tu madre te ha pasado del suelo al camastro,

donde te quedas tendido y envuelto en una manta pese a que el anochecer es cálido. Los hombres han vuelto de los campos, y la familia, todos excepto tú, ha cenado en el patio. A través del hueco de la puerta oyes el gorgoteo de la pipa de agua y ves el fulgor de su brasa cada vez que uno de tus tíos da una chupada.

Tus padres están de pie junto al camastro, mirándote. Mañana tu padre volverá a la ciudad. Está pensando.

—¿Estarás bien? —te pregunta.

Es la primera pregunta que te hace en esta visita, y quizá la primera frase que te ha dirigido en meses. Sientes dolor y estás asustado. Así que la respuesta es, obviamente, no.

Sin embargo dices:

—Sí.

Y tomas tu destino en tus manos.

Tu padre acoge tu graznido y asiente con la cabeza. Le dice a tu madre:

—Es un chico fuerte. Éste.

Tu madre dice:

—Es muy fuerte.

Nunca sabrás si es tu respuesta lo que hace a tu padre cambiar la suya. Pero esa noche le dice a tu madre que ha decidido llevaros con él a la ciudad. A ella y a vosotros.

Sellan su trato con sexo. El coito, en el pueblo, es un acto íntimo cuando tiene lugar en el campo. Dentro de casa, ninguna pareja tiene habitación propia. Tus padres comparten el espacio único con los tres hijos que han sobrevivido. Pero está oscuro, se ve muy poco. Además, tu madre y tu padre siguen vestidos casi por completo. Nunca en su vida se han desnudado del todo para copular.

De rodillas, su padre se afloja el cordón de los pantalones holgados. Echada boca abajo en la tierra, tu madre gira la pelvis y hace lo mismo. Echa la mano hacia atrás y tira de

él con la mano: un gesto firme directo no muy diferente del que ha hecho esta mañana para ordeñar a la búfala de agua, pero lo encuentra ya preparado. Se pone a cuatro patas. Él la penetra, apoyándose con una mano y acariciándole un pecho con la otra, alternando la caricia con el afianzamiento cuando se empuja hacia delante. Entran en cierto grado de supresión del sonido, pero los gruñidos, el impacto carnal, la respiración traumatizada y la succión hidráulica siguen siendo audibles. Tú y tus hermanos dormís, o hacéis que dormís, hasta que acaban. Y entonces se unen a ti en el camastro de tu madre, exhaustos, y en cuestión de minutos se pierden en el sueño. Tu madre ronca.

Un mes después estás lo bastante recuperado para ir con tu hermano y tu hermana en el techo del autobús sobrecargado que os lleva a la ciudad a tu familia y a otras sesenta personas apelotonadas más. Si el autobús vuelca al tomar las curvas de la carretera a toda velocidad, en loca competición con otros rivales igualmente atestados que pretenden recoger a los sucesivos grupos de potenciales viajeros de la ruta, la probabilidad de muerte o cuando menos de desmembramiento será extremadamente alta. Son cosas que suceden a menudo, aunque las veces que suceden no son en absoluto tantas como las que no suceden. Pero hoy es tu día de suerte.

Agarrado a cuerdas que las más de las veces logran sujetar los equipajes a la carrocería del vehículo, eres testigo de un paso del tiempo que sobrepasa a su equivalente cronológico. Tal como al internarte en las montañas un súbito cambio de altitud puede hacerte pasar de una jungla subtropical a una tundra semiártica, unas horas de autobús desde un lugar rural remoto a un centro urbano pueden antojársete milenios.

En lo alto de este medio de transporte que expele un humo negro como la tinta y se escora hacia estribor, vigilas